

El desván

Cuando yo era pequeño, mis padres tenían una acogedora casa en el bosque, en Zaragoza, alejada de cualquier lugar. Allí pasé muchos veranos en familia, no había ni internet, ni gas, ni agua caliente, pero yo era muy feliz cuando íbamos. Allí siempre salíamos a pasear por el bosque y recogíamos setas, bayas, frutas. Después solíamos hacer pasteles, mermeladas y zumos naturales. Eran experiencias muy enriquecedoras y venía muy bien para desconectar de la ciudad, ya que en Barcelona vivíamos en un pequeño piso delante de la calle Aragón, muy transitada, por lo que en casa nunca había silencio.

Desde un principio noté que el comportamiento de mis padres era muy extraño, pero era muy pequeño y no quería darme cuenta. Hasta que cumplí los 16 y me empecé a fijar más en esos comportamientos. Cuando íbamos de vacaciones, todas las actividades y excursiones divertidas que hacíamos eran siempre alejadas de la casa, y parecía que la casa aspirase su felicidad y únicamente dejase sus cuerpos vagabundos sin alma dentro.

Esto me asustó y pensé que un cambio tan brusco en sus personalidades tenía que tener una razón de peso. Desde ese día asumí que algo en aquella casa les afectaba negativamente y comencé a buscar qué se lo podría estar provocando. Como no tenía ni idea, comencé a plantearme si algún tipo de baya o fruta con toxinas les podía estar provocando esos comportamientos. Pronto dejé de lado esa teoría, porque yo estaba comiendo lo mismo que ellos en todo momento y no había notado ningún cambio en mi personalidad. Así que pensé que pudiera ser algún tipo de hongo o planta que hubiese crecido dentro de la casa, y que provocara un efecto similar. Di un repaso a fondo por todos los recovecos y esquinas de la casa y no encontré nada de nada.

Debido al fracaso en mi investigación, y también a la llegada del día en que regresábamos a la ciudad, decidí posponer esta investigación hasta mi próxima vuelta al lugar. Pensaba que sería capaz de olvidarme de estos sucesos hasta mi vuelta, pero no podía dejar de pensar en todo aquel misterio. Seguí investigando, pero nada de lo que imaginaba podía provocar esas alteraciones. Como en Barcelona veía a mis padres de lo más normal, no quise preocuparles y me centré en mis estudios, dejando en un segundo plano aquellos hechos.

Llegada la semana santa regresamos de nuevo a nuestra casa en el bosque... y todo volvió a ser como la última vez. Viendo que nada inusual sucedía que pudiese provocar aquellos hechos decidí acercarme a un pueblo cercano a fin de averiguar si los lugareños tenían alguna idea sobre lo que podía estar pasando. Al día siguiente me desperté pronto e inicié mi marcha hacia el pueblo. Llegué a los

cuarenta minutos a la entrada del pueblo, en donde me recibió un cartel en el que estaba escrito: "Bienvenidos a la localidad de Trasmoz".

Era un pueblo pequeño situado en una colina, con lo que parecía ser un castillo en lo alto. Me acerqué a la plaza y encontré a dos ancianos sentados en un banco. Pregunté dónde podría encontrar libros y escritos sobre la localidad y me miraron con muy mala cara, pero finalmente me contestaron que ese tipo de información la podía encontrar en el Ayuntamiento. Al llegar di dos golpes leves en la puerta pero comprobé que estaba abierta y entré. No había nadie, pero en la mesa encontré un papel en el que la secretaria había apuntado que volvería en 10 minutos, así que decidí entrar y comenzar a leer. Me sorprendió muchísimo aquella biblioteca, había libros antiquísimos pero todos trataban sobre dos temas: brujería y excomulgación. Proseguí con la lectura cada vez más inquieto, leí que la zona estaba maldita y que en la antigüedad brujos y magos vivían en el bosque y que practicaban actividades oscuras en relación al alma humana. Me asusté mucho porque ahora todo comenzaba a tener sentido... Me fijé en un escrito en el que se describía un llano a unos cuatro Km del pueblo en donde se decía que había una casa construida hacía siete siglos y en la que todas las personas que la habían habitado desarrollaron comportamientos extraños y habían sido condenados por brujería. Después de leer una descripción me di cuenta de que era mi propia casa la que aparecía en esos esos textos. Al final de todo se indicaba que todos los secretos se hallarían escondidos en el desván. Después de leer aquello, volví corriendo a mi casa, pero mis padres no estaban. Muy asustado esperé hasta la hora de cenar, ya que no era extraño que saliesen de excursión y volvieran al anochecer. Pero aquél día fue diferente. Llegada la hora y al ver que no aparecían decidí buscar ese desván que mencionaba el libro, así que subí al segundo piso y empecé a recorrerlo lentamente hasta que de repente un ruido me hizo levantar la vista... Conseguí ver una trampilla en el techo de la cual colgaba un cordel de aspecto antiguo. Bajé al salón a por una silla, la coloqué debajo y me subí para tirar del cordón. Al abrirse, la trampilla hizo un ruido tenebroso que me puso la piel de gallina. Asomé la cabeza y lo primero que vi fue una silla recubierta de pieles, y justo detrás, cientos de ojos brillantes me observaban. Me quedé paralizado, para calmarme quise creer que serían murciélagos hasta que la voz de una niña me susurró al oído: el que aquí entra, toda su vida lamenta. Escuché un grito en las escaleras: era mi madre diciéndome que cerrase el desván, pero estaba paralizado y no supe reaccionar. Un ser espectral me agarró por los hombros y me lanzó como si fuese una pluma hacia la ventana de la buhardilla. Rompí el cristal con gran estrépito y me precipité al oscuro vacío. Cuando medio desmayado estaba a punto de chocar contra el suelo me desperté de repente en mi habitación de la calle Aragón. Todo había sido un mal sueño, o eso pensé hasta que en el fondo del armario abierto vi unos ojos brillantes y malignos que me observaban...